

Gobernabilidad universitaria: las primeras luchas por el cogobierno universitario en Colombia*

Governança Universidade: as primeiras lutas pela co-gestão das universidades na Colômbia

University governance: the early struggles by the university co-governance in Colombia

Álvaro Acevedo Tarazona**

Rolando Humberto Malte-Arévalo***

* Este artículo forma parte del proyecto: "La experiencia histórica del cogobierno en la universidad: concepciones y divergencias en disputa por la autonomía universitaria, 1971-1976", financiado por la Universidad Industrial de Santander, Vicerrectoría de Investigación y Extensión (DIEF-Ciencias Humanas), código 5262, aprobado el 11 de marzo de 2013.

** Doctor en historia. Decano y profesor de la Universidad Industrial de Santander. E-mail: tarazona20@gmail.com

*** Historiador, Magíster (C) en historia de la Universidad Industrial de Santander. E-mail: maltearevalorolando@gmail.com

Resumen

Este artículo describe las primeras luchas estudiantiles en pro de la autonomía universitaria en Colombia. Evidencia que la búsqueda de un espacio legítimo en la estructura del gobierno universitario ha sido para el estudiantado colombiano un objetivo histórico. Sin duda, las acciones desarrolladas en los años setenta fueron importantes, pues pusieron en jaque al sistema universitario en su conjunto. Sin embargo, fue la generación de universitarios de la primera mitad del siglo XX la que sentó las bases de la lucha, al proponer que el cogobierno favorecería el alcance de mayores márgenes de autonomía universitaria. Se argumenta, entonces, que para los estudiantes de aquella generación la lucha por el cogobierno era indispensable para generar cambios sustanciales en un sistema universitario que se caracterizaba por su autoritarismo académico e institucional.

Palabras Clave

Autonomía universitaria, cogobierno universitario, estudiantes, movimiento estudiantil, modernización.

Resumo

Este artigo descreve as primeiras brigas de estudante em profissional da autonomia universitária na Colômbia. Comprova que a procura de um espaço legítimo na estrutura do governo universitário foi para o corpo de estudante colombiano um objetivo histórico. Sem dúvida, as ações desenvolvidas nos anos setenta eram importantes, porque eles puseram em cheque ao sistema universitário. Porém, eram a geração de estudantes universitários da primeira metade do século de XX o que se sentou as bases da briga, ao pretender que o cogobierno favoreceria o alcance de mais margens de autonomia universitária. A pessoa discute, então que para os estudantes daquela geração a briga para o cogobierno era indispensável para gerar mudanças significativas em um sistema universitário que foi caracterizado por seu autoritarismo acadêmico e institucional.

Palavras chave

Autonomia universitária, cogobierno universitário, estudantes, movimento de estudante, modernização.

Abstract

This article describes the first student fights in favor of the university autonomy in Colombia. We evidence that the search of a legitimate space in the structure of the university government has been for the Colombian student a historical aim. The actions developed in the seventies were important, since they put in shock to university system. Nevertheless, it was the generation of university students of the first half of the 20th century who put the aims of the fight, when proposed that the cogobierno would favor the scope of the university autonomy. We argued, then, that for the students of that generation the fight for the cogobierno was indispensable to generate substantial changes in a university system that was characterized by his academic and institutional authoritarianism.

Keywords

University autonomy, university co-government, university students, student movement, modernization.

Fecha de recepción: 9 de marzo de 2014

Fecha de aprobación: 31 de mayo de 2014

En el marco del Segundo Encuentro Nacional Universitario llevado a cabo en la ciudad de Bogotá en marzo de 1971, el movimiento estudiantil hizo pública, a través de un documento al que llamaron “Programa mínimo”, una de sus principales demandas: abolir los consejos superiores universitarios para sustituirlos por un organismo de gobierno compuesto por el rector (presidente sin voto), un representante del Ministerio de Educación Nacional, tres estudiantes y tres profesores como representantes de sus respectivos estamentos. Aquel experimento fue denominado *cogobierno universitario* y, pese a su importancia, tuvo una corta vida. Sin embargo, puede ser visto como el logro más importante del movimiento universitario colombiano a lo largo de toda su historia.

En el presente estudio se argumenta que este tipo de iniciativas estudiantiles, es decir, la búsqueda de un espacio legítimo para el estudiantado en la estructura del gobierno universitario colombiano ha sido un objetivo histórico. Sin duda, las acciones más importantes desarrolladas en pos de esta meta fueron las luchas que entre 1971 y 1972 no solo desestabilizaron al sistema de educación superior, sino que demostraron que la participación estudiantil era justa y necesaria. No obstante, y esta es la idea que aquí se defenderá, las acciones de aquella década tienen su antecedente en las luchas universitarias de la primera mitad del siglo xx, pues fueron ellas las que sentaron las bases de la moderna autonomía universitaria.

Ahora bien, para comprender este fenómeno histórico en su justa medida se requiere de un análisis que considere cada una de las relaciones de poder que atraviesan a la universidad como institución moderna. Se debe superar entonces el enfoque que pretende desvincular la historia de la protesta universitaria de la historia institucional, alegando que cada cosa sigue su propio camino, como si el estudiantado, el profesorado, los políticos que controlan los puestos directivos y la sociedad misma no confluyeran en una misma institución. La crisis universitaria de 1971-1972 mostró, en efecto, que el problema fundamental de la universidad colombiana estaba relacionado con el monopolio del poder necesario para determinar el rumbo de las instituciones universitarias. Las autoridades políticas tanto de las regiones como de la nación, los profesores y los estudiantes, los trabajadores y las fuerzas políticas extrauniversitarias convirtieron a la universidad en un escenario de tensiones políticas, en un espacio de confrontación en el que se enfrentaban por lo menos dos proyectos distintos de sociedad, cada uno defendido desde posiciones ideológicas irreconciliables. Si la universidad era un objeto del deseo político, hay

que concluir que la conformación de sus órganos de gobierno fue una expresión de esas luchas. Luchas que, como se verá aquí, tuvieron sus antecedentes en el periodo histórico que va de 1910 a 1957.

El examen de estos hechos requiere de una mirada panorámica, que permita ubicarlos en su propio contexto histórico. Es por esta razón que en el presente texto se ofrece una breve descripción tanto de la situación política, social y económica de la Colombia de la primera mitad del siglo xx, como de cada uno de los principales eventos llevados a cabo por el movimiento estudiantil encarnado por las generaciones de estudiantes que vivieron la universidad con anterioridad a la gran ruptura política que significó para el país el Frente Nacional. El trabajo se divide pues en dos partes: la primera, está dedicada al examen del panorama socio-histórico, y la segunda, al análisis y descripción de los hechos desarrollados por el movimiento estudiantil.

Atisbos de modernización: Colombia entre 1910 y 1957

El movimiento estudiantil colombiano surgió en el marco del proceso de modernización social y estatal que experimentó el país en la primera mitad del siglo xx, tal como venía ocurriendo en otras naciones occidentales. En efecto, durante la primera mitad del siglo xx, gracias a los ingresos que proveían el café, “Colombia hizo dramáticos progresos para cerrar la brecha que existía respecto de otras naciones occidentales” (Henderson, 2006, p. 116). Así, por ejemplo, solo después de 1929, tras décadas de intensa búsqueda, las élites colombianas lograron vincular al país con el capitalismo mundial. La tarea se había iniciado en 1845 a través de las reformas liberales (Melo, 2000, p. 233). No obstante, la verdadera apertura jamás pudo lograrse en el siglo xix, ya que la fragmentación geográfica y demográfica del país, la persistencia del dominio económico de los hacendados tradicionales, la poca disponibilidad de capitales líquidos, el atraso tecnológico, la existencia de barreras culturales en contra de la intensificación del trabajo asalariado e independiente y la debilidad del Estado, obstaculizaban su desarrollo (Palacios y Safford, 2002, p. 32). Así pues, solo al finalizar la guerra de los Mil Días (1899-1902) el país pudo consolidar un contexto político y social mucho más proclive al desarrollo material, dando inicio a un proceso de modernización que tendría en los años veinte su momento principal, con la puesta en marcha de una serie de programas oficiales que fomentarían tanto la industria como la agricultura.

Desde el punto de vista político, durante este periodo Colombia hacía también su tránsito hacia un verdadero estado moderno. Como se sabe, un Estado moderno:

Exige la ruptura de formas particularistas de ejercicio del poder público, la eliminación de estructuras regionales políticas independientes, el establecimiento de sistemas tributarios eficientes, confiables e impersonales, y la conformación de una burocracia y un sistema policial capaces de imponer las decisiones [del gobierno]. (Melo, 2000, p. 229-230)

Pues bien, a mediados del siglo XIX el panorama político nacional no había aún logrado este tipo de organización estatal. Ello se debía, primero, a que la gran mayoría de población carecía todavía de la formación intelectual y política básica, hecho que la mantenía supeditada a los designios de los terratenientes y jefes políticos locales; y segundo, a la existencia de fuertes contradicciones ideológicas al interior de la élite, hecho que no permitiría esclarecer el carácter del Estado colombiano, dado que, por una parte, estaban quienes abrazaban la ideología “liberal”, ligada al modelo político-jurídico europeo y centrada en la búsqueda de la modernización de la nación a través de la separación de la Iglesia y el Estado y, por otra, se encontraban los conservadores, más respetuosos del poder clerical y de la tradición como fuentes del poder político.

Aquella situación cambiaría a partir de la primera década del siglo XX, pues los nuevos tiempos traerían consigo un panorama más proclive tanto a la democracia como al capitalismo. En efecto, el riesgo que algunos empresarios tomaron para hacer que el país empezara a producir materia prima para al mercado mundial provocaría la crisis del sistema político tradicional y demostraría la importancia que tenía el Estado como elemento organizador de la sociedad. Esa apertura hacia la modernización y la modernidad se radicalizaría hacia 1930, con la aparición en nuestro país del Estado protector. Gracias a él no solo se produjo el aceleramiento de los procesos de movilidad política de las masas o la legitimación del poder de las élites, sino la liberación, para el mercado, tanto de la fuerza de trabajo asalariado como de la tierra.

En resumen, durante la primera mitad del siglo XX —principalmente hacia los años treinta— el país empezó a experimentar los cambios económicos, sociales y políticos más radicales de su historia. La industrialización impulsada por la producción de café y continuada por las diferentes fábricas de textiles de Antioquia, Boyacá, Cundinamarca, Santander

y Barranquilla traería consigo el surgimiento de nuevos actores sociales, pues junto a los empresarios, tanto urbanos como agrícolas, aparecerían los grandes y pequeños comerciantes, los trabajadores asalariados e independientes, los campesinos modernos y las capas medias de la sociedad. A este aparato productivo se sumaría también un mercado interno mucho más dinámico que el del siglo XIX, que buscaba con ahínco entablar conexiones con el capitalismo internacional (Melo, 1981; Palacios y Safford, 2002).

Ahora bien, desde el punto de vista educativo, el lacónico panorama que embargaba también a la educación empezó a ser superado hacia la década de 1920, con la creación del Ministerio de Educación Nacional. En efecto, fue desde aquel organismo estatal que se impulsaron los cambios más importantes de la época: 1) se amplió la cobertura en el sector primario; 2) aparecieron los institutos de formación técnica industrial y comercial dirigida a la población urbana; 3) se puso bajo la supervisión del estado al bachillerato clásico; 4) se fundó la Escuela Normal Superior, la primera institución de educación superior del siglo XX creada para profesionalizar a los docentes del bachillerato, y 6) se impulsó la reforma universitaria de 1936, la reforma que hizo confluir —sin duda gracias a la influencia del movimiento estudiantil de Córdoba— los intereses tanto de los gobernantes más innovadores como de los estudiantes más críticos (Sánchez, 2009; Suescún, 1994).

Estos hechos fueron pues la causa de la “diversificación de las profesiones académicas” que el país experimentaría hacia mediados del siglo y que en definitiva le darían a la nación un semblante mucho más moderno. De hecho, fue solo a partir de la reforma universitaria de 1936 que en el país se empezó a hablar de la reformulación del papel que jugaba la universidad al interior de una sociedad que pretendía modernizarse, así como de la necesidad de crear un programa que se propusiera implantar una nueva imagen de la universidad: una imagen que permitiera reconocerla, desde su “índole científica, social y académica”, como una verdadera potencia modernizadora (Herrera, 1993, p. 107).

Con todo, es necesario reconocer que la reforma no generó cambios inmediatos. De hecho, durante todo este periodo las universidades siguieron conservando algunos de los principales rasgos de la educación decimonónica. No solo centraban su actividad en las mismas carreras que desde la Colonia conformaban el currículo universitario —derecho, medicina y filosofía y letras—, sino que empleaban los mismos métodos descriptivos y memorísticos. No obstante, lo que resulta verdaderamente sorprende

es que convirtió a las universidades en trincheras de la disputa política. Todo el mundo entendía, sin más, que las universidades eran conservadoras o liberales. De hecho personas como Nicolás Pinzón Warlostén, fundador de la Universidad Externado, y Luis Antonio Robles Suárez cofundador de la Universidad Republicana pertenecían a una generación de intelectuales y políticos que veían en la filosofía liberal que proclamaran Jeremy Bentham, Herbert Spencer o John Stuart Mill la única alternativa para llevar al país por la senda del progreso. Por el contrario, para las universidades confesionales, como la Javeriana o la Pontificia Bolivariana, dirigidas por autoridades eclesiásticas y servidas por miembros del partido conservador, las ideas liberales eran vistas como un conjunto de principios que ponían en peligro los logros civilizatorios de la religión (Henderson, 2006; Mejía, 2009).

El movimiento estudiantil universitario urge reformas liberales: la búsqueda de una proclama continental

Las primeras acciones del movimiento estudiantil colombiano se llevaron a cabo entre 1910 y 1957. Sin duda, estas manifestaciones estuvieron influenciadas por el movimiento reformista de Córdoba, aquel movimiento que en 1918 sentó las bases de la lucha estudiantil al propender no solo por la modernización de la educación superior, sino por la búsqueda de una verdadera autonomía universitaria, un elemento que prevalecerá a lo largo de toda la historia del movimiento estudiantil colombiano. En efecto, tal como lo indica Javier Ocampo López:

El Grito de Córdoba hizo reflexionar a los universitarios latinoamericanos sobre la dependencia cultural de estos países en relación con Europa y Estados Unidos y la necesidad de buscar la autonomía y la esencia de la propia identidad. Asimismo, en luchar por la búsqueda de soluciones a los grandes problemas nacionales. (Ocampo, 2008, p. 23)

Si tal fue su importancia, es necesario examinar en qué consistió exactamente esa influencia del Grito de Córdoba en el movimiento estudiantil colombiano.

Al comenzar el siglo xx, en la mayoría de los países latinoamericanos el sector educativo experimentaba, tal como se ilustró para el caso colombiano, un atraso significativo. Al finalizar la primera década, sin embargo, una serie de cambios ideológicos, políticos, sociales y económicos empezaban

a desdibujar el panorama anterior. En un principio, antes que los estudiantes universitarios tomaran posiciones radicales y medidas de fuerza, fueron los intelectuales los encargados de ejercer la crítica del sistema y de la situación educativa en general. En Argentina, por ejemplo, Enrique Martínez Paz, según nos informa Molina (2012, p. 33), publicó un ensayo en el que señalaba que la “enseñanza formal” debía “preparar el camino para nuestra revolución”. El mensaje era claro: la nueva universidad no podía continuar desvinculada de la realidad social, y más aún si se creía, tal como lo hacían la mayoría de los políticos e intelectuales liberales y de izquierda, que hasta donde ellos entendían la universidad latinoamericana no era más que una entelequia.

Entre los jóvenes universitarios argentinos este mensaje caló hondo, y sin duda se convirtió en el acicate adecuado para movilizarlos en la lucha por la reorganización y la redefinición de la universidad. Además, y esto lo sabían muy bien, su participación activa en la búsqueda de un nuevo enfoque formativo los ubicaba en la punta de la historia, pues las consecuencias de la Gran Guerra y el triunfo de la Revolución Rusa les demostraban que la revolución social de la que los intelectuales hablaban no solo era necesaria, sino posible (Acedo, 2010).

La tradición clerical de la Universidad de Córdoba era antiquísima. En su biblioteca estaban proscritas las obras del racionalismo moderno (Bernard, Stammler, Darwin, Marx o Engels), y las carreras tanto como los métodos de estudio y los ritos de profesionalización conservaban aún el halo medieval (Ciria y Sanguinetti, 1987). Hacia las dos primeras décadas del siglo xx, para una buena parte de la élite argentina mantener las cosas tal y como estaban era una prioridad. Sin embargo, el ascenso de la clase media y la apertura hacia la democracia que la Argentina de Hipólito Yrigoyen empezó a experimentar incitarían cambios educativos radicales. Así pues, conservar una institución educativa de estas características era ya una tarea insostenible. En consecuencia, durante este periodo se hicieron cada vez más frecuentes las huelgas estudiantiles: entre 1903 y 1917 se presentaron varias manifestaciones, pero fue hacia 1918 cuando la situación llegó a su clímax: en febrero un grupo de estudiantes de varias facultades de la Universidad Nacional de Córdoba se declararon en huelga.

El descontento, tanto como el nivel de organización de los estudiantes creció con el paso de los meses. En abril los jóvenes contaban ya con su

propia Federación Universitaria, organismo que reunía a los estudiantes de una buena cantidad de ciudades argentinas: Tucumán, Santa Fé, Córdoba, La Plata y Buenos Aires. Ante la fuerza de la movilización, José Nicolás Matienzo fue el funcionario que Yrigoyen nombró para que atendiera las demandas estudiantiles. En su gestión decidió no solo reformar los estatutos de la universidad, sino elegir una nueva planta administrativa. Los estudiantes, no obstante, consideraron que los nuevos nombramientos habían estado influenciados por los funcionarios salientes y que todo el proceso había sido una farsa. Su reacción consistió en hacer un vehemente llamado al paro indefinido y en elaborar una hoja de ruta que se consignaría en el Manifiesto Liminar del 21 de junio (Cantón, Moreno y Ciria, 2005; Buchbinder, 2005).

La medida daría origen a la Federación Universitaria de Córdoba. Una organización mucho más fuerte y consecuente con lo que, en su conjunto, esperaba el estudiantado. Estuvo dirigida por Enrique Barros, Horacio Valdés e Ismael Bordabehere. En resumen, tanto el manifiesto —redactado por el abogado Deodoro Roca— como la federación exigían, principalmente, libertad de cátedra, libertad para el estudio de cualquier tipo de ideas, obligación de involucrar a la universidad con la búsqueda de soluciones a los problemas sociales, vinculación de la universidad con el resto del sistema educativo nacional, asistencia libre a clases, gratuidad, obligación de la universidad para buscar la unidad latinoamericana o luchar contra cualquier forma autoritaria de gobierno y, sobre todo, autonomía y cogobierno universitarios (Varios, 1986).

Un mes después de la proclamación del manifiesto se llevó a cabo en Córdoba el Primer Congreso Nacional de Estudiantes. Sus miembros y asistentes discutieron en torno a la estructura que de ahí en adelante debía adoptar la universidad. Se habló pues de cada uno de los puntos que el manifiesto contenía, así como de algunos aspectos mucho más particulares tales como la nacionalización de las universidades provinciales (La Gaceta Universitaria, 2009). Ambos aspectos, tanto el manifiesto como la conferencia tuvieron repercusiones continentales. En efecto, la reforma de Córdoba no solo buscaba un espacio de acción política para los estudiantes, o acabar con el imperio que el clero ejercía sobre la universidad, se proponía también influir sobre la realidad social y política latinoamericana. En Colombia, como veremos a continuación, y tal como sucedió en otros países del continente, el impacto de la reforma fue trascendental.

Organización y protesta estudiantil en Colombia durante la primera mitad del siglo xx

Impulsados por el Grito de Córdoba, entre 1910 y 1957 se presentaron en Colombia una buena cantidad de conflictos estudiantiles. No obstante, los acontecimientos más importantes fueron, indudablemente, la celebración del Primer Congreso Internacional de Estudiantes de la Gran Colombia de 1910, la revuelta estudiantil de 1929, la movilización de mayo de 1938, las pedreas de 1946 y las movilizaciones que acompañarían la caída de la dictadura de Rojas Pinilla en 1957.

El movimiento estudiantil colombiano nació entonces con la realización del Primer Congreso Internacional de Estudiantes de la Gran Colombia, Ecuador y Venezuela llevado a cabo en julio de 1910. Estuvo protagonizado por los jóvenes que más adelante serían conocidos como los miembros de la Generación del Centenario —Agustín Nieto Caballero, Tomás Rueda Vargas, Pablo Vila, Eduardo Santos, Luis Cano y Miguel Fornaguera, entre otros—, grupo caracterizado porque intentaba “poner fin a la beligerancia [que] entre liberales y conservadores” había desatado la guerra de los Mil Días. De ahí el hecho de que apoyaran al partido Unión Republicana que lideraba Carlos Eugenio Restrepo, pues estaban convencidos de que la reconciliación entre los partidos tradicionales no solo “era el mecanismo más idóneo para poner fin a las sangrientas guerras civiles”, sino una “condición sine qua non para impulsar el desarrollo del país”, sobre todo en un momento en el que Colombia crecía gracias al despegue de la economía cafetera, tal como lo ha indicado Arias (2007, p. 69).

Los centenaristas fueron pues los primeros estudiantes en intentar reformar la universidad colombiana. Para ello llevaron a cabo dos tareas principales: en primer lugar, fundaron, por intermedio de Demetrio García Vásquez —abogado, historiador y político vallecaucano— la *Revista Universitaria*, el rotativo que hizo público los propósitos que perseguía aquella generación en materia educativa. En segundo lugar, los centenaristas también planearon, organizaron y realizaron el Primer Congreso Internacional de Estudiantes que se llevara a cabo en Colombia, un espacio que les permitió no solo “tributar un homenaje de veneración y de gratitud a los fundadores de la Patria, y propender al acercamiento de la juventud estudiosa de Colombia, Venezuela y Ecuador”, sino discutir alrededor de temas tales como la participación y la representación estudiantil al interior

del sistema universitario, así como proyectar la creación de una Asociación General de Estudiantes de Colombia (Salgado, 2010).

En resumen, tanto la revista como el evento fueron exitosos, no solo porque se logró reunir un buen número de estudiantes de distintos países o porque se creó un medio de comunicación que le permitiría al movimiento discutir acerca de cualquier tipo de propuestas encaminadas a mejorar la educación superior, sino porque se impulsó la creación de la primera organización estudiantil formal, es decir, la Asociación General de Estudiantes de Colombia, organización cuyo programa redactó Luis López de Mesa, aquel insigne intelectual que ocuparía durante la República Liberal las más altas posiciones políticas y culturales (Castro, 2007).

En la década de los veinte, la vanguardia del movimiento estudiantil la ocuparon dos grupos de jóvenes intelectuales: los Nuevos y los Leopardos. Desde posiciones políticas opuestas, ambos grupos habían adquirido relevancia porque promovían la renovación del campo intelectual que desde principios de siglo dominaban los Centenaristas. Pero a diferencia de estos, tanto los Nuevos como los Leopardos expresaron su interés no solo por renovar el modelo educativo, sino para mejorar las condiciones de vida de las clases trabajadoras. En esta materia, al parecer —sugiere Salgado Pabón—, su “mayor logro” fue haber hecho realidad la Asamblea de Estudiantes de Bogotá, así como darse a la tarea de buscar la manera de modernizar el sistema de formación profesional. En consecuencia, y tal como lo señala Salgado (2010, pp. 4-5) los jóvenes de esta generación no solo exigieron la aprobación de “programas de intercambio, extensión y estímulos” educativos, sino que pusieron nuevamente en la mesa la cuestión de la autonomía universitaria y del cogobierno. En octubre de 1924, por ejemplo, en el marco de las reuniones que el gobierno nacional mantenía con los miembros de la Misión Pedagógica Alemana que asesoraban la reforma educativa, German Arciniegas y otros jóvenes universitarios exigieron que se le reconociera autonomía a la Universidad Nacional y la participación de sus estudiantes en el gobierno universitario:

La universidad que nosotros buscamos —decían Arciniegas y sus amigos— [...] ha de ser una universidad independiente. Dueña de sus propios recursos, libre de toda tutela, que pueda orientarse en cualquier instante de acuerdo con las sugerencias de la ciencia y de la vida. Reflejo del alma nacional, contradictoria e inquieta, pero jamás del poder exclusivo de un poder político. Que

se desenvuelva su organización con autonomía verdadera, que se dicte sus leyes por el acuerdo entre el profesorado y los estudiantes, que jamás pueda turbar su marcha el temor de una imposición extraña. (Scott y Lyman, 1974, p. 270)

Tal como lo hicieron los Centenaristas, la Generación del Veinte también creó sus propios medios de publicidad. *Voz de la Juventud y Universidad*, ambas fundadas y dirigidas por Germán Arciniegas, fueron las publicaciones más importantes para los miembros de esta generación. En sus páginas la Asamblea de Estudiantes reprodujo el mensaje antiimperialista del Grito de Córdoba. Por esta razón, las revistas informaban y publicaban todas las actividades que el movimiento estudiantil llevaba o llevaría a cabo. En ellas se informó, por ejemplo, de la creación de la Federación y la Casa del Estudiante de Bogotá, de la organización del Primer Congreso Nacional de Estudiantes y del Cuarto Congreso Internacional de Estudiantes de la Gran Colombia; también se promovió el desarrollo de actividades destinadas a fomentar la identidad del gremio (tales como la Fiesta del Estudiante), y nunca se dejó de lado, por supuesto, la publicación de sendas críticas tanto del sistema educativo como de las acciones de los partidos políticos (Salgado, 2010).

Entre las acciones del movimiento estudiantil de esta generación cabe destacar también la creación del Centro Universitario de Propaganda Cultural, un organismo que, bajo la dirección del joven Jorge Eliecer Gaitán, se proponía llevar a la realidad la ampliación de la universidad pública a otros sectores sociales, tal como se venía haciendo en otros países de América Latina. La primera reunión celebrada por el centro se llevó a cabo en Facatativá, departamento de Cundinamarca, a mediados de 1920. El éxito de esa primera reunión los animó para desarrollar más actividades en las poblaciones aledañas, así que entre junio y julio de 1920 se realizaron conferencias de política, medicina, agricultura y economía en pueblos tales como Zipaquirá, Honda y Girardot (Pulido, 2010).

Aunque hubo con anterioridad a 1929 varias manifestaciones estudiantiles, la revuelta de junio de 1929 fue la manifestación pública más importante de la historia del movimiento estudiantil colombiano, ya que se convirtió en su primer hito histórico, no solo porque logró aglutinar a otras fuerzas civiles o porque hizo del movimiento una organización de un fuerte matiz modernizante, sino porque le dio al movimiento su primer mártir, el joven Gonzalo Bravo Pérez. En efecto, Gonzalo Bravo fue asesinado por la fuerza pública el día 7 de junio de 1929, fecha

que sería recordada por los futuros miembros del movimiento y conmemorada de ahí en adelante como “el día del estudiante caído” (Díaz, 2012, p. 162).

A los sucesos de 1910 y 1929 le siguieron los de 1938. En esta ocasión una nueva generación de estudiantes se disponía a encarar el reto de fortalecer al movimiento estudiantil. El acontecimiento más sonado de la época fue el paro estudiantil de mayo de 1938, iniciado en Medellín y rápidamente propagado al resto del país. Por aquellos días los obreros católicos celebraban el Día Católico del Trabajo. Los estudiantes por su parte se habían declarado en paro indefinido debido a que el gobierno de López Pumarejo había incorporado al sistema el examen de revisión y el curso preparatorio, dos tipos de evaluación con los cuales se pretendía mejorar la formación de los jóvenes que ingresaban a la universidad, pero que, para los estudiantes, no era más que una medida que obstaculizaba y retrasaba los estudios universitarios.

Tal como lo señala Moreno (2009), la protesta —adelantada en un principio por los estudiantes de secundaria que no estaban de acuerdo con la introducción de un curso preparatorio, con el cual Alfonso López Pumarejo esperaba mejorar el rendimiento académico de los bachilleres que ingresaban a la universidad— no solo recibió el respaldo inmediato de los estudiantes universitarios, sino que fue aprovechada para ampliar la gama de demandas, exigiendo nuevos profesores, rebajas en las matrículas, la creación del servicio de salud, la libertad de cátedra y de asistencia a clases, y la puesta en marcha de “una nueva organización de la universidad”. Establecidas sus demandas, los estudiantes salieron a las calles el día jueves 5 de mayo. En Bogotá, muy temprano en la mañana, tan pronto como se conformaron las comisiones y las consignas, los estudiantes marcharon a lo largo de las calles en donde se ubicaban los colegios más importantes de la capital, con el ánimo de ganar la adhesión de sus estudiantes. Según lo refiere Moreno “no menos de dos mil estudiantes universitarios y de secundaria desfilaron por las calles céntricas de la ciudad” (2009, p. 47), arengando en contra de las imposiciones gubernamentales.

En la siguiente etapa de este primer periodo del movimiento estudiantil, desarrollada principalmente entre 1946 y 1957 ya se ven cambios significativos pero no sustanciales tanto en la manera de proceder del movimiento como en sus motivaciones. Lo primero que hay que señalar es que entre 1938 y 1945 no hubo acciones estudiantiles importantes. En segundo término, que a partir de 1946, tal como lo muestra Quiroz (2002), el movimiento adquirió

un elemento que si bien no generará una ruptura radical con su anterior etapa, sí lo prepara para lo que vendrá después de la dictadura de Rojas Pinilla: la aparición de enfrentamientos campales entre el estudiantado y las fuerzas del orden.

Las pedreas, efectivamente, se convirtieron en la nueva forma de expresión del movimiento estudiantil. Pero su aparición debe ser entendida en el contexto histórico que la vio surgir, es decir, en el periodo de la violencia política que desangró a Colombia entre 1940 y 1957. Al respecto afirma Palacios (2012), que hacia 1946, al finalizar el periodo liberal y retornar al poder el régimen conservador, se abrió una “temporada de vendavales que arrasó los sistemas de valores, los códigos morales sobre el empleo de la violencia pública y privada y los derechos humanos” que se conoce como La Violencia. El recrudecimiento de los odios bipartidistas en el seno de la sociedad rural colombiana se tradujo en un aumento del pie de fuerza en las ciudades. A esto se le sumó muy pronto un serio recorte de las garantías democráticas; tras el asesinato en 1948 del líder liberal Jorge Eliecer Gaitán, vino en 1949 la clausura del parlamento, y en 1953 la dictadura militar —si bien esta contó con el apoyo de algunos miembros de la sociedad civil—. Así pues, y pese a que en términos totales el periodo se caracterizó por una disminución de la protesta, debido por supuesto al fortalecimiento de la fuerza militar, la violencia bipartidista y la violencia estatal generaron una reacción, también violenta, por parte de algunos sectores sociales. De hecho, tal como lo ilustra con cifras Archila (1999), durante este periodo no solo los estudiantes sino todos los sectores sociales se vieron en la necesidad de salir a protestar. En total, señala al respecto este investigador, en estos 11 años hubo 257 protestas. Lo que da poco menos de 2 protestas por mes. 56 de ellas estuvieron protagonizadas por los estudiantes. Con lo cual se infiere que el estudiantado fue el sector social más activo del periodo (Archila, 1995). En esta ocasión nuevamente el estudiantado hizo eco de las reformas que se reclamaban con el Manifiesto Liminar: de hecho la autonomía y la inclusión de los estudiantes en los órganos de dirección universitaria fueron demandas constantes.

Pero esto no fue lo único que los estudiantes de esta generación reclamaron. En las calles, los estudiantes fueron no solo los “voceros de las capas medias en ascenso”, sino los “representantes de la intelectualidad”. Por ende, fueron el sector más sensible al recorte de los derechos democráticos. Por eso, los años de mayor actividad para el movimiento estudiantil fueron los años de la dictadura, es decir,

entre 1953 y 1957. Así, por ejemplo, fue memorable la lucha que emprendieron los estudiantes en las jornadas del 8 y 9 de junio de 1954, cuando, con el pretexto de conmemorar los 25 años del asesinato de Gonzalo Bravo Pérez, se lanzaron a la calle a pedir el retorno de las garantías civiles. En la mañana del 9 de junio, como se hacía desde 1929, los estudiantes de la Universidad Nacional marcharon hasta la tumba de Gonzalo Bravo. Así lo relata Quiroz:

Partieron de la Ciudad Universitaria rumbo al Cementerio Central. De tres en fondo caminaron silenciosamente [...] Al aproximarse la marcha al cementerio, un oficial de la policía advirtió a los marchantes que las puertas se encontraban cerradas por orden del alcalde Buenaventura Guzmán. El país estaba en estado de sitio y no se permitían manifestaciones. Al momento, los estudiantes se amotinaron y sentados sobre las calles mostraron su inconformidad [...] (2002, p. 124)

Minutos después, sin embargo, las puertas del cementerio se abrieron por una orden del gobierno; se llevó a cabo una misa y algunos estudiantes, pese a la prohibición, exclamaron algunas arengas. El evento terminó bien. En silencio y con paso lento la comitiva regresó hacia la universidad. Pasadas las 12 del mediodía, empero, los sucesos se complicaron, ya que las autoridades habían decretado la toma militar del establecimiento educativo. Hacia las 3 de la tarde un bus repleto de policías se estacionó frente a la universidad. Prestos a hacer cumplir la orden de desalojo, los gendarmes abrieron fuego indiscriminadamente e hirieron de muerte al estudiante de medicina y filosofía Uriel Gutiérrez Restrepo. Tenía tan solo 24 años de edad y se complacía con escribir un artículo semanal para el periódico universitario y con debatir en torno a los problemas nacionales. El día de su asesinato, paradójicamente, se había mantenido al margen de las actividades extraacadémicas dado que se encontraba preparando un examen inaplazable (Quiroz, 2002).

Al día siguiente, tras el sepelio del mártir de la jornada anterior, una comitiva de estudiantes se dirigió a la casa presidencial a exigir justicia. Temprano en la mañana de aquel día, procedentes de diversas universidades capitalinas miles de estudiantes habían arribado a la Universidad Nacional con la intención de rendir un sentido homenaje a Uriel Gutiérrez Restrepo. La oportunidad no fue desaprovechada por los dirigentes estudiantiles para encender aún más con sus arengas la rabia y el dolor del estudiantado, tal como lo asegura José Abelardo Díaz Jaramillo. Serían poco más de las diez de la mañana cuando la multitud decidió marchar

por la calle 26 hacia el Palacio de San Carlos. Al llegar a la calle 13 con carrera séptima, la agitada multitud fue interceptada por un destacamento de soldados adscrito al Batallón Colombia, el mismo que había participado en la guerra de Corea:

Los estudiantes decidieron entonces sentarse en aquel lugar y oír los discursos que sus colegas empezaban a pronunciar. Transcurrido un tiempo, un disparo rompió la tranquilidad del acto, dando motivo para que en seguida los militares descargaran sus fusiles contra los estudiantes, produciendo una tragedia de grandes proporciones. (Díaz, 2012, p. 184-86)

En aquella jornada perdieron la vida ocho estudiantes más: Jaime Moore Ramírez, Hernando Morales Sánchez, Hugo León Velásquez, Carlos J. Grisales, Álvaro Gutiérrez Góngora, Elmo Gómez Lucich, Rafael Sánchez Matallana y Hernando Ospina.

La masacre del 9 de junio de 1954 obligó al movimiento estudiantil a buscar nuevos y más eficaces mecanismos de movilización. Fue así como, hacia finales de aquel mismo año, los estudiantes crearon un organismo que dotaba la lucha estudiantil de un programa un poco más uniforme y confiable. Nació pues la Federación de Estudiantes Colombianos (FEC). En efecto, tal como lo relata Carlos Romero —representante estudiantil por la Universidad Libre en aquellos años—, la FEC fue una consecuencia de aquella masacre:

En 1954 cuando se produce la masacre estudiantil, se genera un agrupamiento estudiantil de sectores liberales radicalizados en contra de la dictadura. Por eso yo sostengo que se trató de un movimiento estudiantil coyuntural, es decir, se produjo exclusivamente para enfrentar la dictadura de Rojas Pinilla en su etapa más desarrollada. La motivación política de la FEC se limita a la lucha contra la dictadura [...] desde luego es una lucha supremamente importante. (Ruíz, 2002, p. 65-6)

Por dos razones la masacre fue un evento importantísimo en la historia del movimiento estudiantil. En primer lugar, porque le permitiría crear una organización que lograba unificar toda su fuerza. Hasta antes de la masacre el movimiento solo contaba con la Federación de Universitarios Colombianos (FUC), una organización auspiciada tanto por el Gobierno como por la Iglesia, hecho que, indudablemente, restringía su campo de acción. Con la creación de la Federación de Estudiantes de Colombia (FEC), por el contrario, el movimiento lograba por fin articular una organización que se involucraba de lleno en el campo de la política, al apoyar, organizar y dirigir

una resistencia franca a la dictadura de Rojas Pinilla. El creciente sentimiento antimilitarista y el rechazo a los sistemas políticos dictatoriales que los estudiantes e intelectuales de algunos países latinoamericanos como Cuba, Guatemala o Argentina hacían populares, motivó a los miembros de la FEC no solo a repudiar la dictadura de Rojas, sino a movilizarse de manera organizada hasta propiciar el cambio de régimen, tal como sucederá en mayo de 1957, cuando el dictador abandona el poder. En segundo lugar, la masacre del 9 de junio significó también un cambio en el imaginario del movimiento estudiantil, pues a partir de 1954 ya no se conmemorará solo el Día del Estudiante, tal como se hacía desde 1929, sino que se empezará a hablar —hasta convertir aquel día en un elemento central de la memoria colectiva universitaria— del Día del Estudiante Caído (Díaz, 2012; Ruíz, 2002).

Se iniciaba pues una nueva etapa en esta historia del movimiento estudiantil colombiano. Una etapa en la que el movimiento resignificaba a sus propios héroes y episodios históricos. Una etapa, en fin, en la que el movimiento tomaba conciencia de que su papel político era mucho más influyente de lo que se creía. Un hecho corrobora esta idea. Como bien lo ha señalado Francisco Leal Buitrago, la participación del movimiento estudiantil en los eventos que confluyeron en el derrocamiento de Gustavo Rojas Pinilla fue importante solo en cuanto actuó como punta de lanza del descontento civil general y no debido a la fuerza de su propia organización política. En efecto, ni la FEC ni la FUC se habían puesto de acuerdo para dirigir acciones de protesta que motivaran la caída del dictador, pero sus disputas sentarían las bases para que en el periodo siguiente el movimiento estudiantil se radicalizara, hasta convertirse en los años sesenta y setenta en una fuerza social y política, es decir, en una expresión de clase (Leal, 1984).

A modo de conclusiones

Como se ha mostrado, en cada uno de estos eventos el movimiento estudiantil jamás dejó de reclamar espacios de participación en el manejo de la universidad. El reclamo por la autonomía siempre ha estado ahí, vivo, como uno de sus principales requerimientos. En este sentido, es un error señalar que las demandas de cogobierno y autonomía universitarias solo surgieron en las décadas del sesenta y setenta, cuando sin lugar a dudas el movimiento universitario adquirió mayor relevancia. Lo que queda demostrado es, por el contrario, que estas demandas forman parte del itinerario histórico del movimiento estudiantil moderno, porque surgió con

él a principios de siglo en las jornadas que desembarcaron en el Movimiento de Córdoba.

Puede concluirse, entonces, que desde sus orígenes en 1910, y en general a lo largo de toda la primera mitad del siglo xx, el movimiento estudiantil moderno hizo de la autonomía universitaria y de la búsqueda de mecanismos de participación del estudiantado en el gobierno universitario, sus principales demandas. Este tipo de conciencia se desarrollaría en las décadas siguientes gracias a la influencia del Movimiento de Córdoba. De hecho, tal como lo señala Ricardo Arias, en aquella época los jóvenes universitarios toman conciencia de su papel social y político, ya que empiezan a apreciar “su importancia social” y adquieren una actitud de lucha por lo que consideran justo (Arias, 2007). Germán Arciniegas es tal vez el mejor ejemplo de este tipo de estudiante universitario, firmemente comprometido con el movimiento, estaba convencido de que el papel histórico de los estudiantes era importante. Por esa razón publicó, en 1932, *El estudiante de la mesa redonda*, un texto en el cual se proponía mostrar cuán revolucionarios han sido los estudiantes a lo largo de la historia:

Metámonos en la taberna de la historia. Que vengan aquí, a la mesa redonda, y a conversar con el estudiante de América, estudiantes de todos los tiempos. Nadie se escandalice: nunca tuvimos sitio más decoroso para platicar: siempre en los bodegones, en los desvanes, en las tabernas nos sorprendieron la muerte o la alborada cuando más henchido teníamos el ánimo de empresas generosas y la emoción vibraba en las palabras. Hemos sido conspiradores tradicionales. De todos los tiempos. Llevamos la revolución en el alma. No medimos el dolor ni el sacrificio. El gesto que más seduce a nuestras juventudes es verter la vida sobre una bella ilusión. (Arciniegas, 1992, p. 9)

Y por si fuera poco, al comando de la Federación de Estudiantes, y junto a otras futuras personalidades de la nación, como Carlos y Alberto Lleras, Enrique Caballero, Jorge Zalamea, Rafael Maya, León de Greiff o José Camacho Carreño; Germán Arciniegas organizó en mayo de 1921 la primera huelga de la Universidad Nacional. En aquella ocasión el movimiento se opuso al nombramiento de Alejandro Motta como rector, pero una serie de decisiones políticas tomadas por el presidente Marco Fidel Suárez, que influyeron en la renuncia del rector nombrado, evitó una confrontación directa entre el estudiantado y el gobierno. Se trataba pues de los primeros personajes de una historia de luchas estudiantiles que propendían por la autonomía universitaria, la

cátedra libre, la enseñanza científica y la obligación de la universidad de influir en la sociedad, en fin, de un grupo de estudiantes que recogía el legado del Grito de Córdoba y que dejaba sentadas las bases de la lucha histórica del estudiantado por ganar un espacio en la administración y dirección universitaria (Ocampo, 2008).

En síntesis, durante esta primera época tenemos un movimiento estudiantil conformado por tres “ciclos generacionales”, según lo indica Salgado (2010): el de la Generación del Centenario, el de la Generación de los Nuevos y los Leopardos y el de la Generación de la Violencia. Los tres ciclos estuvieron enmarcados en las políticas educativas de la República Conservadora (1880-1930), la República liberal y la dictadura de Rojas, respectivamente. Las tres lucharon por reformar el sistema educativo que imperaba, por lograr para la universidad un espacio de autonomía y por alcanzar para el estudiantado lugares de decisión administrativa y académica al interior de la universidad. La Generación del Centenario se destacó porque logró incluir al país en esa serie de luchas que los estudiantes de diferentes países latinoamericanos daban en torno a la modernización de los sistemas educativos de sus respectivas naciones, caracterizados por su atraso y falta de visión. La Generación de los Nuevos y de los Leopardos, por su parte, logró integrar al movimiento “una mayor cantidad y variedad de elementos [de] lucha”, pues no solo le otorgó a la prensa autónoma un mayor valor, sino que enriqueció el movimiento con la creación de distintos espacios de acción política y cultural tales como la Asamblea y la Federación de estudiantes. La Generación de la Violencia, finalmente, encontró que junto a las luchas gremiales —que nunca dejaron de lado las demandas de autonomía y cogobierno— era necesario ubicar las luchas por los derechos civiles, abriendo campo, así, al proceso de politización del movimiento estudiantil, elemento que heredará la próxima generación, es decir, la generación del Frente Nacional.

Referencias bibliográficas

- Acevedo, A. (2010). A cien años de la reforma de Córdoba, 1918-2018: La época, los acontecimientos, el legado. *Historia y Espacio* (36), 1-14.
- Archila, M. (1995). Protestas sociales en Colombia, 1946-1958. *Historia Crítica* (11), 63-78.
- Archila, M. (1999). Entre la academia y la política: el movimiento estudiantil y Colombia, 1920-1974. En R. Marsiske, *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina I*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Estudios sobre la Universidad/Plaza y Valdés.
- Arciniegas, G. (1992). *El estudiante de la mesa redonda*. Bogotá: Planeta.
- Arias, R. (2007). *Los Leopardos: una historia intelectual de los años 1920*. Bogotá: Uniandes.
- Buchbinder, P. (2005). *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Cantón, D., Moreno, J. y Ciria, A. (2005). *Argentina: la democracia constitucional y su crisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Castro, S. (2007). *Pensamiento colombiano del siglo xx*. Bogotá: Universidad Javeriana/Instituto Pensar.
- Ciria, A. y Sanguinetti, H. (1987). *La reforma universitaria (1918-1983)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Díaz, J. (2012). El 8 de junio y las disputas por la memoria, 1929-1954. *Historia y sociedad* (22), 157-189.
- Henderson, J. D. (2006). *La modernización en Colombia: los años de Laureano Gómez, 1889-1965*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Herrera, M. C. (1993). Historia de la educación en Colombia la republica liberal y la modernización de la educación: 1930-1946. *Revista colombiana de educación* (26), 97-124.
- Leal, F. (1984). La participación política de la juventud universitaria como expresión de clase. En M. Cárdenas y A. Díaz, *Juventud y política en Colombia*. Bogotá: FESCOL/SER.
- Mejía, J. (2009). *La universidad en los procesos de construcción de Nación y en la educación en asuntos públicos*. Bogotá: ESAP.
- Melo, J. O. (1981). La república conservadora (1880-1930). En J. Melo, *Colombia hoy*. Bogotá: Siglo XXI.
- Melo, J. O. (2000). Algunas consideraciones globales sobre “modernidad” y “modernización”. En F. Viviescas y F. Giraldo, *Colombia: el despertar de la modernidad*. Santafé de Bogotá: Foro Nacional por Colombia.
- Molina, C. (2012). *FUN-ASCÚN en la historia del sistema universitario colombiano: 1958-1968*. (Tesis doctoral). Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja.
- Moreno, O. (2009). El paro estudiantil de mayo de 1938. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 36 (2), 41-63.
- Ocampo, J. (2008). Maestro Germán Arciniegas, el educador, ensayista, culturólogo e ideólogo de los

- movimientos estudiantiles en Colombia. *RHELA* (11), 13-58.
- Palacios, M. y Safford, F. (2002). *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida, su historia*. Bogotá: Norma.
- Palacios, M. (2012). *Violencia pública en Colombia, 1958-2010*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Pulido, D. A. (Noviembre de 2010). Vanguardia Juvenil o Elitismo Estudiantil: (El lugar de la intelectualidad universitaria colombiana en América Latina durante los años veinte), Apuntes para una aproximación comparada. En Memorias del IV Seminario Taller Internacional Vendimia: Construcción de Nación: la Universidad del futuro en Iberoamérica, Villa de Leyva, Colombia.
- Quiroz, C. (2002). *La Universidad Nacional de Colombia en sus pasillos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia/Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales.
- Ruíz, M. (2002). *Sueños y realidades, procesos de organización estudiantil, 1954-1966*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Salgado, S. A. (Noviembre de 2010). Aportes para una historia de los movimientos estudiantiles en Colombia a través de sus publicaciones periódicas, 1910-1929. En Memorias del IV Seminario Taller Internacional Vendimia: Construcción de Nación: la Universidad del futuro en Iberoamérica, Villa de Leyva, Colombia.
- Sánchez, C. H. (2009). Ciencia y educación superior en la República Liberal. En R. Sierra, *República Liberal: sociedad y cultura*. Bogotá: Universidad Nacional/Facultad de Ciencias Humanas.
- Scott, M. B., y Lyman, S. M. (1974). *La rebelión de los estudiantes*. Buenos Aires: Paidós.
- Suescún, E. (1994). *Universidad: proceso histórico y jurídico*. Bogotá: Grijalbo.
- Varios. (1986). [1918] Manifiesto Liminar: La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América. *Argumentos* (14-17), 307-312.
- Varios. (2009). *La Gaceta Universitaria 1918-1919. Una mirada sobre el movimiento reformista en las universidades nacionales*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Córdoba, Universidad Nacional de La Plata, Universidad Nacional del Litoral, Universidad Nacional de Tucumán, Universidad de Buenos Aires.

